

ponerse en defensa él y los Estados católicos del imperio, con los cuales se unió estrechamente.

Los protestantes por su parte, viendo resuelto el emperador á sujetarlos por la fuerza de las armas, si no querian ceder de otro modo, fueron á reunirse á Smalcald, teatro ordinario de sus conventiculos, y allí formaron una liga entre sí para oponerse con mano armada al gefe del imperio. Vióse entonces bien palpablemente que la virtud en las sectas no es menos variable que la fé. Hasta entonces Lutero habia enseñado constantemente que no se debian emplear las armas por asuntos religiosos, aun cuando se tratase de resistir á la opresion. Quiso dar al principio á su nueva iglesia este bello rasgo de semejanza con la Iglesia primitiva; y por largo tiempo repitió que no debia usarse de la fuerza exterior contra las potestades católicas, ni aun contra la de los Papas, añadiendo que la fuerza de sus palabras y el solo soplo de sus labios eran suficientes para aniquilar á esta. Mas cuando vió que su ruina no debia, al parecer, verificarse tan pronto, y que por el contrario los soberanos se disponian á acabar con los enemigos de la Iglesia, olvidó todas las máximas de paciencia evangélica, tan decantada en sus primeras obras; y cantando la palinodia en una consulta pública, declaró por escrito que habia casos tan estremados, que la conciencia obligaba á los fieles á tomar las armas y á coaligarse contra todos los que intentasen hacerles la guerra, y aun contra el emperador (1). Por lo que hace á la vergüenza de contradecirse de esta manera á sí mismo, despues de haber enseñado constantemente no ser jamás permitido resistir á las potestades legítimas, creyó que tenia excusa con decir que al principio ignoraba las máximas contrarias de los juris-

(1) Sleid. l. 8, p. 117.

consultos. Esta consulta encendió el fuego en toda la Alemania, y el débil Melancton no pudo menos de esclamar en su primer sorpresa: ¿con que es preciso tocar á rebato para escitar todas las ciudades á la sublevacion? ¿No valdria mas sufrirlo todo, que tomar las armas por la causa del Evangelio?

Sin embargo, no llegaron las cosas á aquel extremo que se podia temer. El emperador tenia asuntos entre manos que le obligaban á usar de muchas consideraciones; á saber, la eleccion de su hermano Fernando para rey de romanos, y la guerra contra el turco; el cual se disponia á vengar la afrenta que sus armas habian sufrido en Austria. Los príncipes luteranos, muy opuestos á la eleccion de Fernando, la cual no dejó de efectuarse el 5 de enero de 1531, imploraron, con pretexto de las libertades germánicas, los socorros de los reyes de Francia y de Inglaterra, que sabian no ser afectos á Carlos V. Enrique VIII, que se lisongeaba entonces de hacer se declarase nulo su matrimonio, no quiso concluir cosa alguna capaz de exasperar los ánimos del Papa ó del emperador, y se contentó con dar á los príncipes protestantes una respuesta llena de atenciones vagas que en nada le empeñaban. Francisco I, al contrario, les escribió y les hizo asegurar por su embajador Guillermo de Bellai, que les ayudaria poderosamente á fin de impedir que se violasen los derechos y privilegios del imperio. Pero señalando al mismo tiempo su adhesion á la fé y á los principios del honor, cuidó de no tocar en cosa alguna al tratado de Cambrai, y mucho mas de no manifestarse ni aun inclinado á apoyar el error. Hizo primero exhortar á los príncipes á que volviesen á su antigua religion, prometiéndoles que les procuraria un concilio libre, segun ellos pedian. En el tratado que concluyó luego con ellos, quiso que su liga fuese

simplemente defensiva para la conservacion de su libertad en el caso de ser atacada, é hizo estipular en términos formales que su union con los príncipes y ciudadanos libres del cuerpo germánico no era mas que para mantener los privilegios de los diez círculos del imperio en el Estado que tenian entonces. En cuanto á la suma de cien mil escudos que suministró para emplearla cuando lo exigiese el caso, tuvo la delicadeza de no remitirla á manos de los príncipes protestantes, sino al duque de Baviera, quien la tuvo en depósito, saliendo por escrito garante de su inversion en el único objeto de la libertad del imperio, y en el caso solamente de que los príncipes fuesen acometidos.

Mientras que los luteranos se fortificaban de este modo en Alemania, se espusieron los sacramentarios de Suiza á la mas inminente ruina, queriendo causar la de sus compatriotas católicos. Aquellos panegiristas eternos de la tolerancia y de la concordia emprendieron primero sitiarse por hambre á los cantones que conservaban la fé de sus padres comunes, y se apoderaron de los caminos á fin de cortarles los viveres (1). Sus tentativas se dirigieron particularmente contra los cantones de Lucerna, de Switz, de Zug, de Uri y de Unterwald, que se mostraban estremadamente adictos á la antigua creencia y que como no formaban mas que una cuarta parte de la nacion parecia que podrian ser oprimidos sin dificultad. Los de Soleure, de Friburgo, de Glaris y de Appenzell, interpusieron, junto con el rey de Francia, su mediacion, pero en vano; por lo cual reducidos los cinco pequeños cantones á una carestia insoportable, se armaron secretamente en número de ocho mil, y supliendo con la celeridad la mediania de sus fuerzas, llegaron

(1) Sleid. l. 8, p. 253.

á la montaña de Zurich antes que el enemigo los creyese en campaña. Cayeron inmediatamente sobre un cuerpo de mil á mil y doscientos hombres que se hallaban en aquella frontera, y fué disipado en algunos momentos. Pero como distaba poco Zurich, salieron de esta ciudad hasta veinte mil hombres mandados por Zuinglio en persona, que quiso hacer á un mismo tiempo el oficio de pastor y de general, á pesar de los prudentes consejos de sus amigos, los cuales usaron de toda su elocuencia para disuadirle. No atreviéndose los católicos á esponerse en campo raso con un número de adversarios tan desproporcionado, se apostaron en un desfiladero, donde no pudiendo pasar los enemigos mas que uno á uno, cayeron la mayor parte á los filos de la espada, y los restantes fueron derrotados. Zuinglio, combatiendo con ardor desesperado al frente de un batallon, quedó entre los muertos á la edad de unos cuarenta y cuatro años. Los vencedores buscaron su cadáver, le hicieron pedazos y le redujeron á cenizas.

Los sacramentarios pretendian que Oecolampadio no pudo sobrevivir á su amigo Zuinglio y que poco despues murió de dolor el 1.º de diciembre de este mismo año de 1531, de edad de cuarenta y nueve años. Lutero, que encuentra diablos en todas partes, le hace morir herido por el espíritu maligno. Tal vez en esto no hace mas que contar á su modo lo que por otra parte se lee de aquel sectario, á saber, que pereció á manos de una muger con quien trataba y de la cual habia tenido tres hijos.

La muerte de estos dos apóstoles de la impiedad sacramentaria no restableció la union entre los suizos que ellos habian dividido. Los de Zurich por el contrario, resueltos á vengar esta injuria, volvieron á atacar á los católicos con mas furor y fueron nuevamente derrotados: setecientos á ochocientos hereges quedaron en el campo, casi igual

número se anegaron en un río inmediato, y los restantes cogidos en un bosque donde se habían refugiado, solo pudieron salvar la vida prometiéndole que volverían a la comunión romana. Los sacramentarios volvieron al ataque con tal impetu que los cinco primeros batallones de católicos quedaron deshechos, pero los demás recobrando sus puestos con serenidad, sin dar la menor entrada al desorden ni al tembr, rompieron á su vez á los zuinglianos y los pusieron en fuga; después de haberles muerto seis mil hombres. Al cabo de pocos dias, alentados todavía los vencidos con las tropas auxiliares que les enviaban las ciudades imperiales sus aliadas, acometieron otra vez á los vencedores, los que les mataron de nuevo cinco mil hombres ó hicieron tres mil prisioneros. Otro ardor que no fuese el del fanatismo, habria quedado sin duda amortiguado por largo tiempo; mas en el momento mismo en que los vencedores iban en procesion á dar gracias á Dios de su victoria en una iglesia vecina, reunieron los zuinglianos todas las tropas que les quedaban y se adelantaron para derribar la iglesia y pasar á cuchillo á los católicos en su camino; pero fueron derrotados por quinta vez, con pérdida de mas

de cinco mil hombres y abandonaron á los vencedores las cuatro banderas que habían servido para convocar las gentes de Berna, de Basilea, de Schaffusa y de Mulhausen.

Imposibilitados los suizos zuinglianos de levantar un sesto ejército, emplearon la mediación de las ciudades imperiales para tratar de paz con los cantones católicos; y estos manifestaron una moderacion tan grande, que se les imputó como un crimen de política y aun de Religion; pues ya casi no restaba mas que entrar en las ciudades protestantes y restablecer en ellas las prácticas romanas; pero ellos respondieron que temian fatigar la fortuna siempre inconstante; que una sola victoria ganada por un enemigo furioso consumaria su ruina y la de la Religion en Suiza; en vez de que usando de suavidad habia gran motivo de esperar, particularmente después de la muerte de los dos autores de la seducción y que sus hermanos engañados volverían á la fé de sus padres. Convinieron, pues, en abtenérse mutuamente de todos los medios de violencia con respecto al ejercicio de la Religion, y en renunciar á todas las ligas formadas con miras contrarias.

LIBRO SEXAGÉSIMO.

Desde el principio del cisma de Inglaterra en el año 1531, hasta la heregia de Calvino en el de 1534.

No puede recordarse sin espanto la facilidad que halló Enrique VIII en separar de la unidad católica á aquellas islas famosas en que la semilla evangélica habia fructificado tan dichosamente que no se creyó poder nom-

brarlas mas adecuadamente que llamándolas Tierra de los Santos. No obstante, desde el primer paso que dieron los ingleses en el camino del cisma, debió preverse hasta donde los precipitaria el carácter estremado

de esta nacion. Este paso fatal, despues del cual no hicieron mas que caer de precipicio en precipicio, fué que el clero de la primera iglesia del reino, por los manejos é intrigas de algunos emisarios de la corte, concedió al rey, casi sin dificultad, el título de gefe soberano de la Iglesia y de los eclesiásticos de sus Estados. Pero volvamos á tomar el hilo un poco mas arriba á fin de observar todos los grados de este suceso, no menos instructivos que deplorables. Habia cuatro años que este príncipe se habia propuesto hacer anular su matrimonio con la reina Catalina de Aragon, tia del emperador Carlos V; pero no habia podido obtener decision alguna que le pusiese á cubierto de la nota de adulterio. En tiempo en que el Papa Clemente tenia mayores motivos de queja contra los imperiales que tan indignamente le tenían prisionero en el castillo de Saint-Angelo, y aun mucho mas despues de la libertad de Clemente, que la debió principalmente al rey de Inglaterra, los embajadores de este príncipe obraron vivamente en la corte de Roma para obtener una bula anulatoria de este triste matrimonio; pero el Papa, sin combatir abiertamente los deseos del rey, habia procurado siempre ir dilatando este asunto. En fin, fué preciso llegar al desenlace de un negocio que Enrique VIII, escitado de una pasion tan violenta como la que tenia por Ana Bolena, prosiguió con todo el ardor y obstinacion de la incontinencia irritada por los obstáculos.

Enrique, despues de veinte años de matrimonio con una princesa á quien jamás negó su aprecio y de la que habia tenido tres hijos, se enamoró perdidamente de una jóven de su servidumbre, cuyo mérito no era otro que el de su figura y sus intrigas (1). Verémosla bien pronto acusada de

adulterio, de incesto y de un libertinage tan monstruoso, que no seria de modo alguno verosímil, si no lo testificase la muerte que fué la pena jurídica de esta reina infiel al rey su esposo. El cardenal de Wolsey, arzobispo de York y primer ministro, estaba entonces en el mas alto grado de su crédito. La grandeza de su talento habia reparado la bajeza de su nacimiento, pues era hijo de un carnicero de Ipswich; pero habria sido digno de su fortuna si á unas costumbres equívocas no hubiese añadido una ambicion ilimitada, un fausto insultante, y algo de aquella dureza que casi siempre acompaña á la grandeza sacada del polvo. Tenia un imperio absoluto sobre los pueblos y sobre el rey mismo. Él fué el que con vergonzosa ligereza volvió á Enrique VIII tan pronto contra Francisco I y en favor de Carlos V, y tan pronto contra Carlos V y en favor de Francisco. Su ambicion se propuso por término de sus miras nada menos que la tiara; y Carlos V, sacando partido de su pasion, le entretuvo largo tiempo con esta vana esperanza. Pero cuando supo que el emperador habia conseguido elevar al Pontificado á su antiguo preceptor Adriano VI, y que aun despues de la muerte del mismo Adriano no se hizo mencion alguna del para reemplazarle, este orgulloso y vengativo ministro solo trató de tomar las medidas convenientes para vengarse con mayor estrépito. Perdió todos los respetos cuando el emperador exaltado por sus victorias contra los franceses mudó de estilo con él, y en lugar de firmar como antes *uestro hijo*, ó *uestro primo Carlos*, no le distinguió de la multitud de sus correspondientes. Wolsey hizo primeramente entender á su soberano que la política exigia que uniese sus fuerzas á las de la Francia contra un príncipe que afectaba la monarquía universal y á la cual se avanzaba á grandes pasos; y pasando luego de esta discordia de Estado á las disensiones

(1) Le Grand. Hist. du Div.; Sand. de Schism. B. del C., tomo XIX. —VI. HISTORIA ECLESIASTICA. — Tomo IV. 100.